

La violencia: cuando la uniformidad devora la pluralidad

José Sols

Cualquier salida al entorno social nos manifiesta que vivimos en una sociedad violenta, constituida por hombres violentos. Aunque las manifestaciones de esta violencia sean múltiples, el fenómeno puede percibirse de forma unitaria. La violencia tiene una raíz en la identidad: es una expresión de la diferencia entre lo que el hombre constata que es y lo que siente que debería ser, una expresión de la frustración existencial que se puede dar en todos los niveles de lo humano, desde lo individual hasta lo político, un baremo que mide el grado de insatisfacción existencial. La otra raíz está en la alteridad, en el desequilibrio en las relaciones con el otro. La solución al problema pasa por evitar la injusticia económica, social y política, cultivar la cultura de la paz y aprender a vivir en la diversidad.

El fenómeno de la violencia presenta una gran complejidad, tanto en lo que se refiere a la diversidad de sus manifestaciones, como en lo que se refiere a la oscuridad de sus causas. No obstante, la pluralidad de manifestaciones no tiene por qué corresponder a una pluralidad equivalente de realidades, prueba de lo cual es el hecho de que en el lenguaje coloquial se hable siempre de «violencia» en singular, y nunca de «violencias» en plural. El fenómeno de la violencia es percibido siempre de ma-

nera unitaria, por mucho que la gama de sus manifestaciones sea de lo más variopinta. Esta unidad tampoco nos permite afirmar, por ejemplo, que la violencia intrafamiliar sea la misma que la violencia política, pero esa diversidad, insistimos, no conduce a hablar de «violencias». Hay una pluralidad de fenómenos violentos (violencia intrafamiliar, terrorismo, neonazis, guerras, cultura de la violencia...), pero una percepción nuestra que los engloba a todos en el término unitario «violencia».

Vamos a intentar partir de lo unitario de este fenómeno. Sabemos que hacerlo es algo arriesgado y quizás hasta imprudente, pero preferimos apuntar a la unidad desde el principio y no dejarla, como carta oculta, para el final de nuestra reflexión. Y vamos a empezar con una tesis: *la violencia es una expresión de la diferencia entre lo que el hombre constata que es y lo que siente que debería ser. Es una expresión de la frustración existencial que se puede dar en todos los niveles de lo humano, desde lo individual hasta lo político. La violencia es un baremo que mide el grado de la insatisfacción existencial.* De la diferencia entre lo que constato que soy y lo que creo que yo podría ser brota un desprecio de mí mismo, del cual nace un rechazo agresivo hacia todo lo que haya causado esa diferencia o hacia todo lo que me haga pensar en ella.

Ensanchamiento del espacio social y empequeñecimiento del individuo y de los grupos

Ha ocurrido en diferentes momentos de la historia que el universo social ha crecido en poco tiempo debido a un cambio político, como por ejemplo el paso de la *polis* griega al imperio helénico de Alejandro. Aumenta el espacio social, el universo de referencia. Esto lleva a un empequeñecimiento relativo del individuo y de los grupos humanos. Imaginemos que una persona pasa en poco rato de una fiesta familiar a una fiesta urbana: su estado de ánimo cambia. Se trata, sin duda, de la misma persona que está en una fiesta, pero la dimensión de la fiesta hace que se sienta distinto. En la fiesta familiar, él o ella tiene plena conciencia de su identidad y de su sitio en el grupo pequeño que es la familia, mientras que en la fiesta urbana se siente completamente perdido. Eso es lo que lleva a mucha gente a ir en grupo a fiestas urbanas: el volumen mayor del grupo (10 personas frente a una sola) compensa el aumento de volumen de la fiesta (miles de personas frente a las 15 que había en la fiesta familiar).

Pocos son los que se atreven a pasear en solitario por las calles de Barcelona el día de Sant Jordi o la vigilia de Navidad: hacerlo da la sensación de fracaso, de soledad. Hacerlo en grupo o en pareja comporta felicidad.

El aumento del espacio social provoca problemas de identidad en individuos y en grupos. Pero no es esta la única consecuencia del ensanchamiento del universo social. Éste también conlleva un incremento de la plu-

*la vida del pueblo hace quebrar
ciertas seguridades de la vida
familiar, el conocimiento de la
comarca lleva a la puesta en duda de
lo dado por supuesto en el pueblo, y
así sucesivamente*

ralidad de personas y grupos. En la familia hay una cierta homogeneidad de lenguaje y de valores. Cuando pasamos del círculo familiar a la vida del pueblo, formado por unos cuantos centenares de familias, se da una mayor diversidad, pues hay familias con costumbres y lenguajes distintos, aun cuando todas hablen el mismo idioma. En el paso de la vida del pueblo a la comarca (por ejemplo, cuando un joven de un pueblo va a estudiar al instituto de bachillerato de la capital de comarca), la pluralidad se va haciendo más patente. Si pasamos de la comarca a la ciudad, el salto es aún mayor. Si pasamos de una ciudad relativamente pequeña a una metrópolis moderna como Barcelona, Madrid, París o Londres, la pluralidad aumenta exponencialmente. Y si entramos en el «mundo global» nos sumergimos en un espacio humano inmenso que produce vértigo.

En cada uno de estos grados sociales (familia, pueblo, comarca, ciudad, metrópolis, mundo) se da un incremento de la pluralidad humana, esto es, un mayor encuentro con personas diferentes de mí y de los míos: hablan otro idioma, tienen otro color de piel, tienen creencias religiosas distintas, o viven las mismas creencias que yo aunque de modo distinto, tienen comportamientos que me resultan extraños o incluso maleducados. Cada nuevo salto en el grado social repercute en una crisis del anterior: la vida del pueblo hace quebrar ciertas seguridades de la vida familiar, el conocimiento de la comarca lleva a la puesta en duda de lo dado por supuesto en el pueblo, y así sucesivamente. No cabe duda de que los medios de comunicación, con la televisión a la cabeza, han sido los que han

provocado la victoria de lo global sobre lo local. El niño, más que escuchar a su madre o a su maestra, escucha el guión televisivo, recitado con aires de espontaneidad por una estrella del espectáculo, redactado por no se sabe quién, bajo directrices de unos pocos propietarios de cadenas de comunicación, siguiendo criterios de marketing y de interés económico. Así, un gran magnate de la comunicación, quizás sin hijos, está «educando» a miles o hasta millones de criaturas con criterios no sometidos a debate público. Y quien se atreva a plantarle cara puede acabar en los tribunales, que acostumbran a dar la razón al más poderoso, bien defendido por un ejército de prestigiosos abogados.

De la crisis de identidad a la agresividad interior

La crisis de identidad provocada por el aumento exponencial del universo social comporta, como hemos dicho, una insatisfacción y una inseguridad. Esta crisis de identidad lleva a que el sujeto o el grupo humano busque agarraderos identitarios con cierta desesperación. Es lo que podríamos denominar el *efecto Induráin*, aunque le podríamos dar otros nombres. Miguel Induráin encarna el ideal de una multitud: un deportista español que consigue durante los años 1991-1995 abrumadores éxitos internacionales en el ciclismo y que los sabe combinar con un carácter humilde, nada dado al habitual orgullo del estrellato. Miles de personas que hasta la fecha no tenían ningún interés por el ciclismo y quizás ni siquiera por el deporte, siguen las hazañas deportivas de Induráin, ya que viéndole a él se sienten alguien. Induráin es el caso más ejemplar de una multitud de casos: Arantxa Sánchez-Vicario o Àlex Crivillé en Cataluña, Romario, Ronaldo o Ayrton Senna en Brasil, y otros muchos. Los saltos de alegría por el éxito de Induráin o de otros deportistas son expresión de la felicidad que persigue el sujeto en su identidad: si la realidad vivida no me da alegría, entonces la busco en un desplazamiento pasajero de mi identidad a la de un famoso, en quien me miro como si de un espejo agradablemente deformado se tratase, aquel espejo, por ejemplo, que hace que un gordo se vea delgado y sonría con una triste felicidad fugaz.

Desgraciadamente, el desplazamiento de la alegría frustrada no es la única consecuencia de la crisis identitaria. Otra consecuencia es el rechazo de sí mismo, inicio de la actitud violenta. Mi fracaso existencial

La violencia

(esto es, el percibir que no soy lo que podría ser) me lleva a un desprecio de mí mismo. Es un *complejo suicida* que se puede vivir en grados muy distintos. Pero este rechazo de mí mismo va de la mano de un deseo de fracaso de todo lo que haya provocado esta crisis identitaria o de todo lo que me haga pensar en ella. Sólo deseo aquello que me la hace olvidar, aunque sea temporalmente, y rechazo cuanto haga el efecto de espejo, esta vez no deformado, de mi persona o de mi grupo.

Surge la violencia interior (desprecio de mí mismo), que es el paso previo de la violencia exterior (mi desprecio de los demás). Nace un rechazo de aquel que es distinto de mí o de mi pequeño grupo, ya que su sola existencia relativiza mi identidad. La violencia interior es, al principio, de guante blanco: de camino a una conferencia sobre el respeto de la pluralidad, puede ser que yo tenga que coger el metro y, sin que se note, no me siento junto a un negro, sino junto a alguien de mi raza, no me siento junto a alguien que viste de manera distinta a la mía, sino junto a alguien que se me parece. En las elecciones, no votaré una candidatura que tenga como cabeza de lista a un musulmán, aunque nunca diré, ni me diré, que esa ha sido la razón. Esto es la violencia de guante blanco, la cuna de otras violencias rojas de sangre.

*La gente vive una catarsis en la
violencia deportiva, ya que
experimenta lo agresivo de una
guerra que quizás nunca ha
podido vivir*

Cultura de la violencia y doble vida

Antes de llegar a la violencia explícita, el hombre entra en la *cultura de la violencia*, en actitudes no verbalizadas de rechazo de la pluralidad. ¿Por qué nos descansa tanto ver películas violentas? ¿Por qué comportan altos índices de audiencia televisiva y largas colas en los cines, incluso el día de Navidad, fiesta de paz y de armonía? La cultura de la violencia es el universo cultural que nos permite canalizar la violencia interior producida por la insatisfacción, sin por ello convertirnos en delincuentes. Somos «sólo» delincuentes en la imaginación, pero eso no comporta delito ni desprestigio social. Somos sólo *voyeurs* de la violencia. No me

atrevo a agredir a nadie, pero disfruto viendo agresiones en la televisión o en el cine, o leyendo noticias sobre baños de sangre. Incluso me des cansa, me relaja, esto es, satisface mi insatisfacción.

La cultura de la violencia, como toda cultura, invade los espacios más diversos de lo humano. Abundan las películas violentas tanto en el cine como en la televisión, y abundan porque el público las reclama. Abundan los dibujos animados violentos, no porque los niños ya sean violentos al nacer, sino porque muchos adultos son consumidores de productos mediáticos supuestamente dirigidos a un público infantil, y porque los dibujos violentos preparan al niño como futuro consumidor, cuando sea adolescente o adulto, de películas agresivas. El deporte va a menudo de la mano de la violencia, tanto entre deportistas (entradas duras a un contrario), como en actitudes del público (insultos desde la grada, agresiones entre seguidores de uno y otro equipo). La gente vive una catarsis en la violencia deportiva, ya que experimenta lo agresivo de una guerra que quizás nunca ha podido vivir. El clima de los partidos de fútbol Inglaterra-

la violencia como una expresión de la frustración vivida por un individuo o una colectividad, por no ser lo que siente que debería ser

Alemania, Inglaterra-Argentina, USA-Rusia, Barça-Madrid... tiene mucho de violencia bélica frustrada, mal disimulada. La cultura de la violencia entra también en los debates mediáticos y políticos,

donde tiene mayor importancia ganar al oponente que buscar la verdad o solucionar un problema social. Lo mismo ocurre en las relaciones intrafamiliares, donde la violencia verbal campa a sus anchas.

Se llega así, a menudo, a una especie de doble vida. La misma persona tiene doble personalidad. En lo social, en lo público, se muestra partidaria de defender los derechos humanos, de promover la paz, de respetar la diferencia, pero en lo oculto se muestra agresiva, intransigente, incapaz de salir de lo uniforme. La intimidación familiar, la soledad del espectador de televisión o el anonimato del público en un estadio son espacios que permiten exteriorizar la violencia interior, mientras que en el trabajo, en las conversaciones sociales, todo el mundo se muestra partidario de la tolerancia, aun cuando para defenderla se adopten posturas de lo más intolerante.

Soy lo que tengo

Hasta aquí hemos hablado de una primera tesis: la violencia como una expresión de la frustración vivida por un individuo o una colectividad, por no ser lo que siente que debería ser. Hay otro camino que lleva hacia ella, relacionado con éste: *proteger como sea lo que considero que es mío*. Se da aquí una proyección del tener al ser: soy lo que tengo. Por tanto, si lo que tengo está en peligro, mi identidad puede desaparecer. Con ello entroncaríamos con la crisis identitaria que acabamos de describir en los puntos anteriores.

Es frecuente valorar nuestra identidad en función de nuestras posesiones. Se trata de una tendencia antigua y muy extendida en culturas diversas. Que nuestra cultura occidental haya explotado esta tendencia para fomentar el consumismo no significa que la haya inventado. Una persona con estudios se siente superior a una persona sin estudios. Una persona con un trabajo bien remunerado se siente superior a una persona con un trabajo mal pagado. Una persona con un coche formidable se siente superior a una persona con un coche modesto. Lo mismo ocurre con el vestido, con los restaurantes visitados, con los viajes, las vacaciones y un largo etcétera. En todos estos casos estamos hablando de personas. Una persona no es más persona que otra. Eso es imposible. Un ser humano no es más ser humano que otro. Y nada hay más importante que nuestro ser humano, que nuestro ser persona. Sin embargo, eso que debería ser lo más importante es lo que recibe menos atención. Desplazamos el ser al tener. No vemos personas, sino un empresario, un obrero, una profesora, el conductor de un Mercedes, un ministro, un médico, una abogada... Son desplazamientos identitarios del ser al tener.

Una vez nuestra identidad ha quedado reducida a nuestro tener, nacen algunos problemas importantes. La pérdida de mis posesiones comporta mi desaparición, ya que yo, sin ellas, no soy nada. Mi ser está en peligro cuando mis posesiones lo están, con lo que surgen mecanismos de defensa de enorme agresividad. Mi instinto de supervivencia (conservar mi vida), que proviene de mi animalidad, desplazado a mi deseo de conservar lo adquirido (mi vida es lo que tengo), me lleva a agredir todo lo que ponga en peligro mi vida, esto es, mis posesiones.

Volvemos a lo que ya habíamos señalado más arriba: no se llega a la violencia de golpe, sino por fases. Primero se entra en un espacio de cultura

y de mentalidad justificativa de la violencia. Sólo más tarde puede llegar la violencia explícita, esto es, la destrucción de aquel que pone en peligro mi vida por atentar contra mis posesiones.

La violencia como rechazo de la alteridad

Tanto en un recorrido como en el otro se dan dos elementos comunes: *la crisis de identidad y el rechazo del otro*. No son dos elementos separados, sino unidos en un solo proceso de crisis de identidad. En un caso, la crisis viene dada por el vértigo de la globalización social; en el otro, por la desviación de la esencia humana a la posesión.

En definitiva, el problema se reduce a estos dos conceptos: identidad y alteridad. En ellos se juega el origen de la violencia. La violencia es la agresión al otro de mí, es la acción de destrucción de la alteridad. También es violencia el suicidio, que es una fase anterior a la destrucción del otro: la destrucción de mí mismo por no aceptarme como soy, o por no aceptar lo que me toca vivir.

En el ser humano la alteridad es fundamental. Yo soy yo en relación a un «tú». Más aún, yo soy yo en una colectividad. Yo soy yo en la medida en la que amo y me siento amado, lo que comporta un «tú», un «otro» u «otros». La vida social no es una anécdota en lo humano, sino una nota de su esencia. No vamos a demostrar esto aquí, porque ya ha sido archiestudiado en diferentes siglos de nuestra historia y por diferentes escuelas. Pero, como ya hemos visto, cuando el «tú» es demasiado grande en relación al «yo», o cuando el «tú» es visto como amenaza, entonces el «yo» se protege hiriendo. La violencia es la expresión de un desequilibrio en las relaciones «yo-tú», esto es, es la expresión de una herida en el ser social del hombre. El otro ya no es visto como aquel que posibilita que yo sea yo (amor), sino como aquel que amenaza mi existencia o mi esencia.

Siempre hay una violencia anterior

Es curioso que en la mayoría de los casos, el violento siente que a él o a ella se le ha hecho antes violencia. Se trata de un sentimiento extendido a situaciones muy diversas. El violento siente que su violencia no ha na-

La violencia

cido en él, sino que se le ha inyectado desde fuera, lo que significa que no es algo esencial en lo humano, sino adquirido. No estamos confundiendo aquí violencia con agresividad. La agresividad sí que es algo humano, por ser una característica de las especies animales entre las que se encuentra la humana. Pero la agresividad no es la violencia, sino aquello que en lo biológico y en lo psíquico del hombre permite que éste pueda llegar a ser violento. Podríamos decir que la agresividad es el espacio entitativo donde se puede dar la violencia, si es que llega a darse. Pero el espacio no es causa del fenómeno.

Llevamos la agresividad en nosotros como llevamos el sexo, el hambre o el miedo, pero no llevamos la violencia. La violencia llega de fuera, o al menos así lo sentimos. Pero ¿quién la inicia? No sabemos quién la inició, pero sí sabemos que nacemos en un mundo en el que ya hay violencia. Volvamos a la idea que acabamos de enunciar más arriba: el violento no siente la violencia como algo suyo, sino como algo adquirido, como respuesta a una violencia anterior. Los delincuentes violentos suelen describir situaciones familiares y sociales que son ya violentas por lo que tienen de carencia de cosas necesarias para la vida o para la felicidad. A menudo, en las guerras, los que combaten con mayor inmisericordia son los que han perdido anteriormente compañeros o familiares.

*a la hora de abordar el tema de la
violencia se suele dejar de lado esta
idea de «violencia
institucionalizada», idea sin duda
tomada del análisis marxista*

Llega la violencia, y con ella su espiral

Como ya hemos señalado, la violencia no llega de golpe, sino que suele ir precedida de un imaginario violento, de una cultura de la violencia. El sujeto ve violencia una y otra vez sin atentar a la legalidad (películas, deporte compulsivo, informativos con imágenes violentas). Al final, de tanto ir el cántaro a la fuente, se rompe. La cultura de la violencia tiene que acabar en violencia, no en cada individuo, pero sí en el conjunto social. No se sostiene durante mucho tiempo el falso equilibrio entre un imaginario violento y una vida social pacífica.

La violencia llega de modos muy distintos: violencia intrafamiliar, violencia de grupos ultras (*skin heads, hooligans*), violencia terrorista (ETA, IRA, Brigadas Rojas, islamistas), violencia bélica, violencia a civiles en época de guerra (campos de concentración, Vietnam, Bosnia).

Lo que nos interesa ahora es la idea de «violencia estructural», esto es, de «injusticia estructural» como «violencia radical», causa de otras violencias. A la hora de abordar el tema de la violencia se suele dejar de lado esta idea de «violencia institucionalizada», idea sin duda tomada del análisis marxista.

Decíamos que la violencia llega de modos muy distintos: desde el intrafamiliar hasta el combate internacional. En todas estas violencias, muy distintas entre sí, se dan ciertos puntos comunes, alguno de los cuales ya lo hemos enunciado:

El otro es visto como un atentado a mi identidad o a mi existencia. Mi supervivencia pasa por su destrucción.

Cuanto más entro en la violencia, menos miedo tengo de ser violento. Hay una frontera psicológica (el mecanismo de inhibición, que me impide ser violento): una vez traspasada, el violento se va moviendo progresivamente a sus anchas en el nuevo medio.

El violento necesita justificar la violencia, pues percibe que no está bien. Para ello aporta la excusa que sea. En la argumentación suele aparecer la idea de que «también a mí se me ha hecho violencia», o la idea de que «ya no queda ningún otro lenguaje que pueda hacer reaccionar al otro, a mi enemigo».

La destrucción del otro es una automutilación. Tan maltrecho queda el agredido como el agresor. El mal del agredido es patente; el del agresor es latente. Pongamos casos obvios: Alemania quedó mucho peor parada después del nazismo de lo que estaba antes, y no sólo por haber perdido la guerra, sino por el trauma nacional que todavía no ha logrado superar. Todavía en la actualidad hay alemanes que sienten vergüenza de hablar alemán porque fue el idioma del nazismo. Los Estados Unidos salieron mal parados de su actuación en Vietnam, y los franceses de la guerra de

Argelia. Las cárceles están llenas de agresores que no logran superar el trauma que les produce la agresión cometida. En general, el agresor sale embrutecido, y ese embrutecimiento es una pérdida de su humanidad, que se manifestará poco a poco en mil cosas.

Pluralidad social y violencia

No podemos decir que la pluralidad social sea causa de la violencia. Eso supondría un atentado a la esencia del hombre, que necesita de la pluralidad, de la alteridad, como del agua para beber. No existe

nuestros niños están creciendo en una cultura de la violencia que hará que muchos de ellos sean en el futuro violentos anónimos, y que algunos lleguen a ser violentos explícitos

la homogeneidad total. Donde hay dos personas, aun cuando sean hermanas gemelas, hay diferencia, pluralidad, aunque, como ya hemos dicho, hay grados de pluralidad según el tamaño de la sociedad. No obstante, aunque la pluralidad sea algo esencial en el ser humano, la pluralidad mal asumida, encajada como amenaza, despierta crisis de identidad, y la crisis de identidad sí puede llevar a la violencia, tal como ya hemos dicho más arriba.

Estamos entrando en un mundo en el que las sociedades serán progresivamente plurales. Si no se sabe asumir adecuadamente esta pluralidad, la violencia aumentará. No se trata de una previsión pesimista, sino de una descripción de lo que ya ha empezado a ocurrir. Pensemos en los *skin heads* que maltratan a extranjeros e indigentes, en los violentos de extrema derecha de la antigua Alemania del Este, en la violencia de la *banlieu* de algunas ciudades francesas, en la violencia acontecida estos últimos años en Bosnia, en Kosovo, en Chechenia, en Timor Oriental, en Argelia, en el atentado terrorista del 11-S. En todas ellas se da un rechazo violento del «otro».

La solución al problema de la violencia no pasa por la uniformidad, dado que la pluralidad no es la causa. Pasa fundamentalmente por tres caminos:

En primer lugar, evitar la injusticia económica, social y política, que es en sí misma violenta y que es la causa de muchas violencias. Dicho con otras palabras: evitar a toda costa lo que Medellín denomina «violencia institucionalizada», que Ellacuría denomina «violencia radical». Es muy vistoso tomar medidas contra la violencia explícita (policía expeditiva, cárceles modernas, ejércitos eficaces), y menos brillante evitarla de raíz (pleno empleo, salarios adecuados, diferencia salarial y en los ingresos económicos no excesiva, condonación de la deuda exterior de los países pobres, ayuda al desarrollo, no explotación laboral ni económica de las personas ni de los pueblos, inversión en educación, protección de la agricultura y de la vida rural para evitar la excesiva concentración urbana). Esto último, evitar la violencia de raíz, sin ser brillante, es lo más eficaz y lo menos costoso humanamente. Es semilla de paz.

En segundo lugar, cultivar la cultura de la paz. «Cultura» y «cultivo» vienen de la misma raíz latina (*cultus*: cultivo). Se trata de cultivar el imaginario de paz en las sociedades, y tomar medidas claras contra la cultura de la violencia, que ha entrado en nuestros hogares, y no parece querer dejarlos. Nuestros niños están creciendo en una cultura de la violencia (televisión, cine, juguetes, deporte compulsivo, lenguaje agresivo), que hará que muchos de ellos sean en el futuro *violentos anónimos*, y que algunos lleguen a ser *violentos explícitos*.

Y en tercer lugar, aprender a vivir en la diversidad. Hay mil acciones posibles en este sentido. Espontáneamente tendemos a acercarnos a los que son semejantes a nosotros, porque nos da miedo «lo desconocido», pero hay que ir descubriendo que lo plural es enriquecedor, porque relativiza y resitúa la propia identidad y aumenta los universos de referencia. ■